

Carlos García-Bedoya M.
(compilador)

**Memorias
de
JALLA 2004 Lima**

**Sextas Jornadas Andinas de Literatura
Latinoamericana**

Lima, 9-13 de agosto del 2004

Tomo III



Universidad Nacional
Mayor de San Marcos

JALLA

Jornadas Andinas de
Literatura Latinoamericana

UNA VARIANTE INESPERADA DE NOVELA INDIGENISTA

Carlos Eduardo Zavaleta

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

La clase de novela a la cual me refiero es, en verdad, sorpresiva, inesperada, y se aparta de la tradición más común, donde el protagonista indio sufre, padece escollos y dificultades, algunos de ellos reales, que brotan del deprimente marco social, y otros añadidos por el desdén o el odio del patrón, al extremo de que el indio, convertido en víctima, no sólo es vencido, sino que finalmente muere, ya sea solo, o en compañía de su grupo social.

¿Quién no se ha conmovido por una historia semejante, que, con los años, se ha vuelto el modelo de derrota de la causa india, durante fines del siglo XIX y casi todo el siglo XX? Ese modelo es consecuencia de premisas históricas evidentes, y contra él, un argumento opuesto, el de la victoria de un protagonista indio es, o bien falso, o bien imposible de urdir. Esa derrota quizá haya creado un tabú, merced al cual lo aconsejable es no escribir revueltas triunfantes contra el amo, o contra la autoridad, pues si se comete esa violación de la norma, entonces el castigo demoledor volverá a caer sobre el rebelde o levantisco.

Verdad que hay un primer ejemplo literario, un drama quechua de mediados del siglo XVIII, conocido sólo a fines del siglo XIX, en que el general *Ollanta* primero sufre por su posición personal ante el Inca, y luego, como recompensa a sus actos y al sufrimiento de su grupo familiar, goza de un final feliz, sólo posible en una sociedad donde no existe todavía un poder extraño que castigue a los nativos.

Pero, frente a esa excepción, hay hechos históricos que significan tristísimas derrotas, a partir de la conquista española, y aquellos pueden muy bien inhibir las nuevas actitudes. Por ejemplo, la triste derrota de Atahualpa en Cajamarca se repite todos los años en la sierra peruana, transformada en una pieza o lamento teatral, en una lección de lo que no debió ser, pero fue. Justamente como reacción a esa pérdida, en una muestra de desolación masiva, surge el movimiento indio llamado *Taqi-*

Onccoy (“canción enfermiza”) en rechazo de la presencia y las costumbres de los conquistadores. Se dice bien que esta excepcional reacción anímica, en mediados del siglo XVI, se debió al influjo de la resistencia mostrada por el último reducto de los Incas de Vilcabamba. Los españoles, alarmados, se habrían dedicado, como represalia, a una violenta destrucción de lo que llamaban las “idolatrías”. Pero también, tarde o temprano, esta resistencia acabó vencida.

Luego, las derrotas de numerosas rebeliones indígenas, previas o coetáneas a la de Túpac Amaru, según investigaciones de Carlos Daniel Valcárcel, nos repiten esa amargura cíclica y quizá también la enseñanza de que tales rebeliones no pueden triunfar porque el poder colonial o colonialista es de por sí invencible.

Respecto al juicio sumario y a la ejecución cruel y primitiva de Túpac Amaru, es como un hierro candente de la piel, no de un animal con dueño, sino del hombre en busca de libertad, una marca simbólica del rebelde vencido para siempre; y asimismo los nuevos sacrificios de Pumacahua, de Melgar, de Atuspuria y de Luis Pardo, se vuelven lecciones de escarmiento, castigos, no de una época, sino para todas las épocas, como una sombra, mezcla de abismo, fatalidad y muerte.

En suma, de estos hechos concretos, históricos, pero que alcanzan una magnitud simbólica, intemporal, surge algo así como un peligro mágico, es decir, previo a cualquier intento presente o futuro de liberación, y de pronto esa imposibilidad de triunfo se vuelve casi un dogma, un artículo de fe, y a la vez un tabú.

A esos antecedentes podemos añadir los de novelas indigenistas que en el Perú tienen rango de clásicas. ¿Qué lección general extraer de títulos como los de *Los perros hambrientos* (1938) y *El mundo es ancho y ajeno* (1941), de Ciro alegría, o de *Yawar fiesta* (1941) y aun de *Los ríos profundos* (1951), de José María Arguedas? Que el triunfo de la justicia o el castigo de los malvados es no sólo difícil, sino casi imposible.

El mismo César Vallejo, autor de la novela obrerista y de algún modo indigenista *El tungsteno* (1931), coloca la rebelión en el futuro más o menos cercano. En la ideología de ese final esperanzador se concentran asimismo ideas de Luis E. Valcárcel en *Tempestad en los Andes* (1927), y en los comentarios que sobre este libro formularon José Carlos Mariátegui y Luis Alberto Sánchez.

Todavía más, supongamos que ahora mismo, frente a ustedes, yo buscara en mis recuerdos algunos hechos rebeldes sobre los que podría escribir. De niño fui testigo de una/pequeñas revueltas, a menudo súbitas y desorganizadas, que acabaron vencidas por la fuerza pública en el

Onccoy (“canción enfermiza”) en rechazo de la presencia y las costumbres de los conquistadores. Se dice bien que esta excepcional reacción anímica, en mediados del siglo XVI, se debió al influjo de la resistencia mostrada por el último reducto de los Incas de Vilcabamba. Los españoles, alarmados, se habrían dedicado, como represalia, a una violenta destrucción de lo que llamaban las “idolatrías”. Pero también, tarde o temprano, esta resistencia acabó vencida.

Luego, las derrotas de numerosas rebeliones indígenas, previas o coetáneas a la de Túpac Amaru, según investigaciones de Carlos Daniel Valcárcel, nos repiten esa amargura cíclica y quizá también la enseñanza de que tales rebeliones no pueden triunfar porque el poder colonial o colonialista es de por sí invencible.

Respecto al juicio sumario y a la ejecución cruel y primitiva de Túpac Amaru, es como un hierro candente de la piel, no de un animal con dueño, sino del hombre en busca de libertad, una marca simbólica del rebelde vencido para siempre; y asimismo los nuevos sacrificios de Pumacahua, de Melgar, de Atuspuria y de Luis Pardo, se vuelven lecciones de escarmiento, castigos, no de una época, sino para todas las épocas, como una sombra, mezcla de abismo, fatalidad y muerte.

En suma, de estos hechos concretos, históricos, pero que alcanzan una magnitud simbólica, intemporal, surge algo así como un peligro mágico, es decir, previo a cualquier intento presente o futuro de liberación, y de pronto esa imposibilidad de triunfo se vuelve casi un dogma, un artículo de fe, y a la vez un tabú.

A esos antecedentes podemos añadir los de novelas indigenistas que en el Perú tienen rango de clásicas. ¿Qué lección general extraer de títulos como los de *Los perros hambrientos* (1938) y *El mundo es ancho y ajeno* (1941), de Ciro alegría, o de *Yawar fiesta* (1941) y aun de *Los ríos profundos* (1951), de José María Arguedas? Que el triunfo de la justicia o el castigo de los malvados es no sólo difícil, sino casi imposible.

El mismo César Vallejo, autor de la novela obrerista y de algún modo indigenista *El tungsteno* (1931), coloca la rebelión en el futuro más o menos cercano. En la ideología de ese final esperanzador se concentran asimismo ideas de Luis E. Valcárcel en *Tempestad en los Andes* (1927), y en los comentarios que sobre este libro formularon José Carlos Mariátegui y Luis Alberto Sánchez.

Todavía más, supongamos que ahora mismo, frente a ustedes, yo buscara en mis recuerdos algunos hechos rebeldes sobre los que podría escribir. De niño fui testigo de una/pequeñas revueltas, a menudo súbitas y desorganizadas, que acabaron vencidas por la fuerza pública en el

departamento de Ancash, allá a fines de los años 40s. Yo sí he escrito sobre ellas con un amargo sabor de boca. Luego, en la década de los 50s, hubo una revuelta espectacular en Cerro de Pasco, cuando un grupo de mujeres campesinas, trabajadoras del mercado, se alzó contra la prefectura, linchó al prefecto y enseguida ellas bailaron sobre el cadáver, y así apareció en los diarios, inclusive con fotografías. Quizá triunfaron simbólicamente, por unas horas, para después ir a prisión por años. En otro nivel, digamos de política nacional, la guerrilla de 1965, compuesta por mestizos de la sierra y la costa, acabó también vencida, aunque hubo dos versiones de los hechos, la provinciana y la centralista, las dos distintas.

La vieja trama de la rebelión y del castigo final, tan espectacular en la antigüedad, desde Homero hasta Shakespeare, se refuerza durante el romanticismo, cuyos frutos en el Perú fueron mayormente poéticos. En las *Tradiciones* de Ricardo Palma no hay un recuento de sublevaciones indígenas importantes.

Así, pues, en novela, sólo tenemos un primer caso excepcional, cien años después de instaurada la República, lo cual indicaría el enorme peso negativo de la tradición histórica. Ahora ya no podemos hablar de una heroica rebelión de masas, sino, al menos, del pequeño triunfo de un indio, de un peón de hacienda, apoyado y celebrado por un pequeñísimo grupo de otros peones como él.

Repito, sólo en 1923, un siglo después de declarada la Independencia, se publica en el pueblo de Tarma, Junín (el mismo pueblo simbólico en que Adolfo Vienrich publicó en 1905 sus *Azucenas Quechuas*), se publica, digo, la novela corta *La boda* (1923), por un autor curiosamente castizo y modernista a la vez, un poeta conocido, un cronista y “chismógrafo” de Lima, un ensayista, historiador aficionado y seguidor en cierta forma del estilo de las tradiciones de Palma, quien le obsequiara en público la pluma con que escribió sus narraciones. Este intelectual fue proclamado Poeta de la Juventud en 1908, doctor por San Marcos con una interesante tesis titulada *Posibilidades de una genuina literatura nacional* (1915). Hablo nada menos que de don José Gálvez Barrenechea, quien llegó a ser Decano de la Facultad de Letras, de San Marcos, y popularísimo y democrático Presidente del Senado. Un intelectual sin duda tradicional, pero que, sin embargo, rompe la tradición de la colonia, e incluso de la República, con esta peculiar novela sobre un hecho rebelde sin precedentes, al extremo de que el recordado crítico Manuel Jesús Baquerizo dijo que *La boda*, de Gálvez, significaba “el fin de la tradición hispánica”, *Aportes* No. 6 (Huancayo, octubre) 1998.

¿De qué trata la novela? Del triunfo de un personaje indio, quien vence al patrón, al dueño de una hacienda tarmaña, en un juego de estrategias. El protagonista es don Juan Manuel, sí, pero el antagonista es Eulalio, peón cercano al capataz mestizo, y ambos se oponen uno al otro, cada cual con astucia y en su propio mundo, y vence quien no se supone que vencerá por tradición ni por nivel social, sino quien lo merece, por tejer una estrategia superior, más astuta, más cruel, definitiva e inteligente que la del “ilustrado” ex alumno de San Marcos.

La novela, con la trama y la estructura indigenista (recordemos el inicio de los años 20s con obras de López Albújar, Aguirre Morales, César Falcón y Valdelomar), empieza de modo tradicional: el joven Juan Manuel, sin merecimientos específicos y sólo por linaje y herencia, además de ocioso y sin carrera definida, pues no aprovechó sus estudios en San Marcos, es enviado por la familia a dirigir una hacienda en Tarma; no hace nada importante, sólo cumplir su papel formal, e inclusive, un poco aburrido y lejos de Clarita, quien ya se sabe que se convertirá en su novia, se consuela tomando por concubina a una bella india, Teodosia, sin importarle quitársela al peón indio Eulalio, amante de la muchacha y trabajador de la hacienda, quien surge como del oscuro anonimato sólo a la mitad de la novela.

El patrón vive en dos escenarios: en el club del pueblo, departiendo con sus amigos sobre los defectos de la sociedad peruana e inclusive sobre la pobreza, incultura y retraso mental y moral (él lo cree así) de los indígenas, y luego, en el segundo escenario, ejerciendo su papel de amo y señor de propiedades e indios.

Esta molicie y aun placidez será mortal para él, pues luego, cuando alguien envía un anónimo a la novia con el chisme de la infidelidad, él se libra tardía y bruscamente de la manceba, y acelera los preparativos de su boda con Clarita, pero le falta perspicacia para entender que el anónimo lo ha enviado un tinterillo pagado por Eulalio, y que éste va a ser capaz de sabotear el puente por el cual pasarán los novios, accidente mortal para ellos, y que, en cambio, Eulalio, el supuesto débil, tras de limpiar el camino de obstáculos, ejerce la dulce venganza casándose y legitimando sus vínculos con Teodosia, en una boda espléndida, en medio de la música y el folklore de la casa-hacienda, y contando con el beneplácito y el afecto del mundo campesino.

Por supuesto que el autor José Gálvez no describe el contrapunto entre Juan Manuel y Eulalio de modo abierto ni directo; el narrador no desea poner en pie de igualdad a ambos, por la diversa posición social que ocupan, sino ofrecer de modo alternado las escenas y aun pensamientos de uno y otro bando, aunque del bando “indio” sólo surgen impresiones breves y

fugaces sobre cómo reacciona Eulalio (con odio escondido, hipocresía, y luego con espíritu de venganza) ante el despojo de su amante Teodosia, pero Gálvez olvida la intimidad de la muchacha y la del padre de ésta. Además, Gálvez subraya que Eulalio sólo se ofende y encoleriza cuando Juan Manuel rechaza a Teodosia como mujer de asiento, y no cuando la tomó por concubina.

Sin embargo, debemos insistir en que la actitud cautelosa y el estilo indirecto, muy respetuoso con el mundo burgués de Juan Manuel, no impide al autor deslizar actitudes, diferencias, emociones, aun miradas sesgadas, que “prueban” la conspiración de Eulalio. Su triunfo como antagonista es fruto de su astucia y de una meticulosa estrategia que nadie descubre, ni los ingenieros expertos que revisan los restos del puente saboteado.

Este ejemplo de personaje indio triunfante era desconocido para nosotros, los narradores de los años 50s, que no leímos tal novela. No obstante, de algún modo, quizá seguimos de modo inconsciente la lección de Gálvez. Digámoslo con claridad: no queríamos un levantamiento masivo y quizá suicida de la población india, pero sí su dignidad rescatada y su liberación social y ojalá económica, a través de un proceso educativo auténtico, y cultural, pero de verdad, nada de maquillajes ni concesiones paternalistas. Sin embargo, había ratos en que perdíamos la paciencia y nos poníamos de lado del caído, y lo defendíamos en cualquier circunstancia.

En 1946 aparecen los cuentos “Los comunes”, de Porfirio Meneses, y “Taita Dios señala el camino”, de Francisco Vegas Seminario. En ambos triunfa la causa india. Diez años después, en 1956, Tulio Carrasco en el cuento “El látigo” pinta un salvaje episodio en que los indios tienden de súbito una trampa inescapable al patrón. Julio Ramón Ribeyro, en el relato “El chaco” (1964), describe la rebeldía de un indio acorralado, en un acto casi teatral de protesta y desobediencia al patrón; acaba siendo una víctima ya nueva, consciente y llena de coraje. En cuanto a mí —de los varios cuentos de rebeldía y protesta contra la autoridad—, recuerdo “Venganza de indios” (1961), una sutil respuesta del tejedor indio, por la muerte de un pequeño hijo a manos del boticario: la venganza consiste en tejerle un poncho negro y feo, que ni los indios usarían; y otro es “De lejos, con cuidado” (1964), en que padre e hijo blancos han cambiado tanto de actitud, que ambos apoyan una revuelta breve y triunfante de indios.

Además, hay también algunas novelas de nuestra generación que postulan nuevos modos de tratar el binomio costa—sierra, dos mundos antes lejanos, y luego el lacerante tema de las migraciones de miles de campesinos y mestizos de la sierra a la costa (que se agudizó en la década de los 50s), y asimismo un tercer tema, el de un desafío puramente político entre fuerzas

retrógradas y liberadoras en el escenario de una aldea serrana. Digamos en detalle cuáles son esas novelas que encarnan dichos temas: en *Crónica de San Gabriel* (1960), de Ribeyro, el binomio o la oposición costa-sierra se llena incluso de valor psicológico, de contraste de costumbres, y se resuelve en el nivel de un adolescente costeño que pasa sus vacaciones en la sierra, pero que retorna finalmente junto al mar ansiado. El tema de las migraciones, cada vez más grave en el país, por los numerosos problemas que suscita, ha sido tratado por las novelas de Enrique Congrains Martín en *No una, sino muchas muertes* (1957) y de Luis Felipe Angell (Sofocleto), en *La tierra prometida* (1958), las cuales describen las consecuencias dramáticas del éxodo o invasión serrana de la costa. La figura del patrón o gamonal ha desaparecido; ahora quienes oprimen son los jefecillos de las “barriadas” o “pueblos jóvenes”, que trafican con las tierras, o solamente les oprime la terrible postración económica y social, sin esperanzas de solución. En cuanto al tema de la confrontación de dos fuerzas políticas a nivel de una aldea, vemos en mi novela *Los Íngar* (1955) el inmenso abuso de la camarilla del alcalde y el gobernador, contra una familia de clase media, a cuyos varones mayores expulsa para quedarse con sus propiedades. Sin embargo, queda el tercer hermano, casi un adolescente, que resulta siendo el vengador efímero pero eficaz, pues la aldea es liberada.

Voy a concluir con una apreciación general sobre esta literatura que primero se llamó indigenista, hasta los años 50s; luego, con Arguedas, Vargas Vicuña, Sueldo Guevara, Tulio Carrasco y conmigo mismo se volvió neoindigenista, porque dimos cabida a la intimidad del indígena y de su grupo familiar y social, y porque depuramos el estilo y logramos una estructura más sólida y rotunda; y por fin, desde los años 60s en adelante hay una producción neoindigenista que Tomás Gustavo Escajadillo (en *La narrativa indigenista peruana*, 1994) ha ordenado con paciencia, y que Mark R. Cox ha ofrecido en una pedagógica antología titulada *Cincuenta años de narrativa andina. De los años 50 hasta el presente* (2004). En sus variadísimas páginas no encontraremos, sin duda, “triumfos” de personajes indios que vayan más allá del gesto, del ademán, de la protesta.

No importa eso. No se trata de alentar la violencia o rebeldía en los actuales tiempos de llave, en Puno (yo me he referido a la novela *La Boda*, de Gálvez, desde hace cinco años), sino que ahora vivimos otra época no sólo en Perú sino en América Latino. Hay una clase de triunfo simbólico, mayúsculo, en marcha, como es la actual migración no sólo hacia la costa sino al mundo entero, en una diáspora incontenible, que ya empezó a producir narrativa “andina”, más allá del neoindigenismo, y ése

es ya un camino nacional o latinoamericano que ha rebasado todas las expectativas. He ahí el “triunfo” que esperábamos. En el mapa de América Latina, cuando unimos los nombres de grandes ciudades o regiones que ya entraron en la modernidad, como México D.F., Guatemala, Bogotá, Quito, Arequipa, Cuzco, La Paz, Asunción, reconocemos que ellas, juntas, representan el camino complementario, vital y cultural cuya importancia nadie puede desoir.